

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Tranco este en el que nuestro dilecto y nunca bien ponderado autor, el señor Bracho, nos presenta una parte del ya de por sí pequeño mundo de las ilusiones celestes. Este tres veces H. Consejo Editorial, conciente de la necesidad de soñar que tienen nuestras lectoras y lectores, y que ese casi olvidado mundo de los sueños permanece muy puesto en el rincón de nuestra memoria, en vista de ello, recomendamos esta lectura, porque quizá en ella encuentren alguna pista que los conduzca al camino brumoso y distante del anhelado submundo:

A lo lejos se podía ver una vereda que, como los clásicos dicen, serpenteaba por aquél Valle en donde las montañas y el pico humeante del Volcán, ya extinto, pero presente aún, se enseñoreaba del horizonte. Los colores azules que tienen los bosques en la lejanía, las nubes retozonas que deambulan por entre las copas de los árboles y el canto del búho y el aletear misterioso de garzas –en desliz?–, el eco gutural de los montes que llaman a rebato, y la luna llena que iluminaba el entorno mejor que los rayos hirientes del sol matutino, configuran un cuadro mejor y más cálido que las pinturas que nos presenta Turner. Caminé cerca de cuatrocientos pasos por el sendero, como llevaba puesta la mirada sobre el cielo fue fácil distinguir por entre unos arbustos algo que llamó mi atención, me pareció ver una luz, una especie de objeto casi redondo que se desplazaba con

lentitud por el espacio. Me detuve, hice a un lado las ramas que me impedían mejorar la observación. Claramente mis ojos vieron como esa luz, ese objeto se posaba en una cañada que formaban las montañas. Era una señal? Era un llamado de algún ser de otro mundo? Era quizá a el llamado de ultratumba? El llamado ancestral que dio origen a las especies que habitan en las oquedades de las selvas? Cualquiera de estas posibilidades pudiera ser la respuesta. Cuando se cruza el meridiano que a su vez cruza el camino de Plutón todo puede ser cierto y algunas especulaciones teñidas de cielo se tornan reales. Debajo de los asteroides, a un lado del brillo proyectado de los anillos de Saturno, en las cercanías de las auroras boreales, magia y humo, abracadabras y lantos de brujas, lamentos de hienas y gritos de loros, la sorpresa estará siempre a la vuelta del alcance del Fauno. Calculé la distancia en donde el “objeto” celeste pudo haber aterrizado. Un olor a algo quemado circundaba aquella zona, todavía algunos destellos, algo así como diminutas perlas de rocío permanecían temblando en innumerables hojas sorprendidas, una misteriosa luz, a la que yo calificaría de azul, de ese azul de los ojos de Ella llenaban ramas, arbustos, plantas, flores, troncos y hojas, aquello parecía pintado con las tenues pero precisas pinceladas de Reynolds. Aquí es, este el sitio en donde cayó la mujer de Venus, Ella debe de estar saliendo de los lazos invisibles de los colores, Ella debe estar respirando ya los aires primeros de la Tierra, se debe estar desperezando del largo y tedioso viaje interestelar, se debe estas acostumbrando a percibir las luces y las sombras de la luna y debe Ella de estar asombrándose de los contornos y sinuosidades de la selva. Será Ella como las demás mujeres que pueblan esta tierra? O será poseedora de un cuerpo que sea distinto al de todos los humanos? Será más alta que yo? Sus brazos serán tan fuertes que su abrazo me provoque una muerte súbita? Sus muslos tendrán el vigor de una mujer terrícola en celo o serán siete veces más potentes? Su rostro tendrá las facciones

de Helena, la bella, la hermosa causante de la guerra troiana? Su mirada será tan penetrante como la de una Gorgona? Y sus pechos tendrán la redondez de una virgen de Boticelli? Y su boca dirá las palabras mágicas a los que yo no puedo negarles nada? Su voz tendrá el sonido de las almas en regocijo? Sí ¿cómo será Ella, cómo vendrá vestida, cómo estará cubierta? Quizá venga tan desnuda como Lady Godiva en su caballo blanco? Para desvelar el misterio me senté al pie de un árbol que parecía una torre milenaria. Respiré profundamente. Con lentitud comencé a pasear mi vista. Primero me desplazé por las copas de los árboles, uno a uno recibieron mi mirada inquisidora, luego la pasé por entre las ramas de en medio. Nada. Nadie. Pero yo sentía la presencia de algo, de alguien, era notorio por el silencio de los loros, y lo callado de las aves y el cese de los chillidos de los manos y la quietud de las hojas. Ahora empecé a rastrear por entre el suelo, lo hice con mayor lentitud que la búsqueda anterior. Ahora sí debía de encontrármela, a Ella, a la mujer alada, a la mujer de cuerpo rutilante, a la mujer que me daría los goces de los espacios siderales, a la mujer que me haría llegar al corazón de los polos. Mi mirada recorrió varios metros. Nada. O será que Ella es invisible a los ojos de los habitantes de la Tierra, y para que tome cuerpo real y palpable a mis manos será necesario emitir el conjuro de trece voces infernales? Mi vista siguió recorriendo el resto del espacio por descubrir. Nada. Sin embargo yo sentía que una mirada taladraba mi cerebro. Sentía que el oxígeno escaseaba, pues las aves dormitaban y otras caían en un profundo letargo. Yo también sentía la necesidad de respirar un aire más puro. No supe si caí presa del cansancio. No supe lo que sucedió entre el lapso de mi llegada y la búsqueda infructuosa. No supe nada más. Quizá fui presa del cansancio, quizá los rayos de la luna adormilaron mi cuerpo, o el azul tenía moléculas provocadoras de sueños mágicos. Dormí, dormí profundamente. ¿Cuánto tiempo? No lo sé. Quizá permanecí allí una semana pues mi barba presentaba

algún crecimiento. No tengo la menor idea del tiempo transcurrido. La alharaca de pájaros, los ruidos de las hojas, el vaivén de las ramas movidas por el viento, el canto de los colibríes, el aullido de los monos me sacaron de aquél sopor. Me limpié el sudor que perlaba mi frente. Respiré. Empecé el retorno a la cabaña que tenía yo para habitar y que estaba distante unos dos kilómetros. Una ducha de agua fría me trajo a la vida. Un sol enojado cruzaba el techo estelar. Tomé una botella de whisky. Llené el vaso. Lo apuré como si fuera un sediento hombre que acaba de cruzar un desierto no hospitalario. Luego me tendí en la hamaca. El sueño llegó como bálsamo de oriente, llegó el sueño reparador, llegó el sueño que todo lo cura y todo lo bendice. La botella, al poco rato estaba vacía...por mi mente se borro todo el pasado. La amnesia me llegó de improviso. Nada pasó ayer. Nada sucedió la víspera...

Vale. Abur 🐱

www.carlosbracho.com



Carlos Bracho